



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 10. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Marzo 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Túnica-mantelo para primavera. — Chaqueta coraza. — Abrigo para niña. — Vestido de dos telas para niña. — Vestido con ruches y volantes para niña. — Traje completo para niño: pantalón, chaleco y chaqueta. — Paletot para niño de 4 años. — Fichú-chaleco para señora. — Sombrero de faya. — Sombrero de castor. — Lazo para el cabello. — Diadema de encaje irlandés. — Cofia elegante. — Canastilla para ropa blanca. — Flores de piel. — Velo de bordado y encaje para sillón. — Fuelle para la chimenea. — Guante para arreglar la chimenea. — Banqueta redonda. — Porta-agujas: labor de

capricho. — Lagarto de cuentas para adornar trajes. — Limpia-plumas. — Barba de encaje irlandés. — Cenefas bordadas de azabache para velos ó fichús. — Puntilla de crochet. — Modo de sacar con facilidad los patrones. — LITERATURA: La sangre de D. Fadrique, por Patrocinio de Biedma. — Fé, Esperanza y Caridad, poesía por José Pastor de la Roca. — A Zaragoza, por B. Medina. — Soneto, por Gerardo de Castro. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Perez. — En el espacio, por Gonzalo de Castro. — La gloria y el arte, por Teodoro Guerrero. — Bibliografía, por Vicente Cuenca. — Variedades. — Correspondencia. — Explicación del figurín

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. VESTIDO CON TÚNICA-MANTELO.

(Patron: en el pliego de patrones por el revés, núm. V, figs. 34 á 40). Los grabados presentan por delante y por detras un vestido de armure de lana azul marino, adornada la falda de dos maneras distintas. Los patrones muestran las distintas piezas que se unen por las señales iguales; la aldeta ó caída de atras que va adornada se coloca lo mismo por las señales correspondientes: tres plegados marcados con el número 26 adornan el centro de la aldeta entre las dos caídas (véase el núm. 2), y un doble biés que se anuda en corbata por delante, remata el cuello. La vuelta de manga va en uno de los modelos orillada de un biés de seda con lazadas y botones, y en el otro modelo son guarniciones plegadas de la tela del adorno.

La túnica la compone un paño y dos negas, adornada de un biés de 7 cents. ó de un volantito de la otra tela, si el vestido es de dos, ocupando el centro de atras cuatro caídas ó echarpes de largos desiguales, y 25 cents. de ancho. La falda del núm. 1 lleva dos volantes al hilo de 12 y 25 cents. de ancho, con doble cabeza plegada el último, y cada uno adornado al pié de un volantito de tela á cuadros que sirve para el adorno de todo el traje. La falda núm. 2 lleva los mismos volantes, solo que los pequeños son de la misma tela y muy plegados.

3. CHAQUETA-CORAZA.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. 1).

Este objeto puede ser de gran utilidad para completar un traje de casa, y se emplea para cortarla el mismo patron de la chaqueta-bata del primer grabado del número anterior. Puede hacerse en cachemir ó paño negro ó castaña oscuro, con cuello, ribetes y bolsillos de seda azul ouaté y bastillado á la máquina; el mismo adorno forma las presillas que corresponden á cada boton del color del adorno.

4. PUNTILLA DE CROCHET.

Se emplea para ella el cordon llamado telegráfico, de que ya hemos hablado á nuestras lectoras. El pié va sostenido por una cadeneta y encima una hilera de barras separadas entre sí por un punto; y para la orilla inferior se ejecutan puntos dobles sobre cada onda de cordon y dos vueltas encima de barras adornadas con picots: cada picot cuenta 4 pts. de cadeneta y uno doble en el primero de ellas.

5 Y 6. SOMBREROS.

El primero es de

faya color marron, con ala vuelta de adelante y adornada de una diadema de flores: por fuera completa el sombrero follaje quemado, una pluma blanca y pájaro tornasolado.

El segundo es de castor, con ala forrada de faya azul y lazos azules y negros; una pluma azul le completa.



3. Chaqueta sin mangas-coraza.

(Patron: pliego por el derecho, núm. 1, figs. 7 á 11).

se unen debajo del brazo solo por un elástico, y para que el plumazo no se escape al coser esta prenda, se cortan dos forros ante todo de muselina, poniendo entre ellos la pluma, y luego esta ligera bola entre ámbas telas, y se cosen todas juntas despues de distribuir bien la pluma. Adorna este chaleco un sencillo ribete.

7. LAZO PARA EL CABELLO.

Se emplea para él un biés de terciopelo grana de 57 centímetros de largo por 9 de ancho y una rama de hojas de yedra. Pueden reemplazarse estas hojas por otras hechas de cuentas, cuyos modelos ofrece el pliego de patrones.

8. ABRIGO PARA NIÑA.

(Patron y dibujo: en el pliego por el revés, núm. X, figuras 48 á 53).

Este paletot, ancho, con esclavina y mangas, se hace en paño gris ó lana dulce forrado de cachemir grana con ligera entretela: el paletot lleva todo alrededor un pespunte, y la esclavina, sin forrar, lleva ondas picadas y otras debajo de tono más oscuro. El bordado de la esclavina es de soutache de tono más oscuro.

9 Y 10. VESTIDO PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. III, figuras 13 á 19).

Hácese este traje en armure de lana azul marino, y se corta el cuerpo sin aldeta, si no unido á la túnica, haciendo la doble aldeta unida al cinturón, cuyo patron ofrece el núm. 18, y en él mismo una línea para la aldeta más pequeña: cada una de ellas se compone de dos pedazos que se forran y pliegan aparte, uniéndolas luego por los puntos y cifras. El plegado de la misma tela que adorna el núm. 10, tiene 5 cents. de ancho; el adorno del modelo núm. 9 se compone de tela rayada en dos tonos azules.

11 Á 14. TRAJE PARA NIÑO.

(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, número III, figs. 20 á 27).

Estos números presentan separadas las tres prendas, que unidas forman el traje de paño azul oscuro: el pantalón se corta por el patron núm. 20, poniendo los bolsillos y forro de percal blanco, solo de percalina negra el forro de la cartera de adelante. El chaleco, cerrado, es tambien de paño forrado de percal, y la espalda de inglesina negra forrada de lo mismo. Las mangas de la chaqueta van forradas de seda listada. Todo el borde del traje va reforzado con una tira de paño pespunteada á la máquina, lo mismo que las carteras de los bolsillos. La vuelta de la manga va figurada con una trencilla de lana negra igual á la que adorna el borde de la chaqueta y chaleco.

15 Y 16. CHALECO PARA SEÑORA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. VI, figuras 43 y 44).

Es de cachemir negro forrado de seda y con una capa de algodón ó pluma entre ámbas telas, que se pespuntean á la máquina. El delantero y la espalda



1. Vestido con túnica-mantelo para entretiempo. (Patron: pliego por el revés, núm. V, figs. 34 á 40).



2. Espalda del vestido núm. 1. (Patron: pliego por el revés, núm. V, figs. 34 á 40).

17 Y 18. PALETOT PARA NIÑO DE CUATRO AÑOS.

(Patron y dibujo: en el pliego por el revés, núm. XI, figuras 54 á 57).

Las costuras de este paletot de paño ó terciopelo inglés van hechas á doble pespunte, y los bordes con un vivo de seda del color del paño; soutache del mismo color sirve para los arabescos del núm. 18, mientras el 17 es de terciopelo con vivo de seda.

19. DIBUJO PARA TAPICERÍA Ó CROCHET.

Además de los dos empleos indicados, puede tambien servir este dibujo para una labor de malla: en tapicería puede bordarse con lanas, sedas ó cuentas, destinándola á servilleteros, ó encaje, como entredoses para ropa blanca.

20 Á 24. CANASTILLA ADORNADA CON FLORES DE PIEL.

(Patron del clavel: en el pliego de patrones por el derecho, núm. IV, fig. 28).

Materiales: Cuero fino ó cabritilla, alambre, pinzas, pincel y barniz.

La canastilla es de junco barnizado de negro y dorado, con un medallón, que tiene la cifra en la parte de adelante: por la parte interior lleva un cartón forrado de tafetan del color de las flores. La canastilla tiene 13 centímetros de altura, 29 de largo en la pared de atrás y 25 en la de adelante. El núm. 21 presenta el ramo de claveles que adorna la cubierta, de la mitad del tamaño natural, empezando por disponer sobre un cartón unas hojas de parra cortadas en cuero, y en el centro los claveles: cada uno consta del pistilo núm. 24, unido á un alambre, y de cuatro ó cinco pétalos (núm. 22), de tamaños graduados, y aumentando en los mayores el número de picos. Se hacen los nervios con la pinza, lo que da á las hojas la forma necesaria (núm. 23), y los capullos se componen de un solo orden de pétalos y de un tallo que es una tira de cuero rodeada al botón, y con el borde superior á picos. Para el pistilo se emplean tiras muy delgaditas que se rodean húmedas á un alambre, del que se sacan cuando ya están secas: todas las distintas partes de la flor se dejan en agua un rato antes de trabajarlas: despues de coser al cartón con hilo fuerte las hojas y las flores, se baña todo con un pincel y barniz. Lazos de cinta del color de las flores completan el adorno de la canastilla.

26 Y 27. DIADEMA DE ENCAJE Y CÓPIA PARA VESTIR.

Describiremos más minuciosamente la primera al tratar de la barba de encaje irlandés (grab. 36). La segunda, de tul de ilusión, se compone de un redondel de tul fuerte para el fondo, sobre el cual se van disponiendo, empezando por el centro, ruches de tul de ilusión de 4 cents. de altura. Se rodea este fondo con un alambre vestido de tafetan rosa, que sobresale del adorno, el cual se completa con un ramo de rosas.

28. VELO DE BORDADO Y ENCAJE PARA SILLON.

Este nuevo galon ó trencilla, que forma medallones, facilita la ejecución de las más bellas labores, combinándose con bordados en blanco sobre batista, y rellenando los huecos con calados. Cada roseta bordada tiene 3½ cents. de diámetro; se rodea el borde de festones, y luego de 24 barretas de crochet, tomadas en el mismo número de festones, contándose 3 pts. en el aire, un picot (de 5 pts. en el aire, y en el primero uno d.), y uno doble para la union. Los picots á crochet sirven á su vez para unir las barretas á los picots de guipure, hechos con la aguja y tomados en los cuadros. Festoncillos de puntos en el aire rodean el velo, y en ellos se anuda el fleco.

29. FUELLE PARA LA CHIMENEA. — PINTURA EN MADERA.

(Contornos: Pliego por el derecho, figs. 29a y 29b).

Nuestro modelo es de madera, amarillo mate, y la pintura encarnada de piel de Rusia, la cual se ejecuta como indican las figs. 29a y 29b del patron. Le adorna una ruche de cinta de lana encarnada de 2 cents. de ancho.

30. GUANTE PARA ARREGLAR EL FUEGO.

(Patron y dibujo: pliego por el revés, núm. XIII, figuras 60 y 61).

Es de tela gris forrada de franela encarnada, ejecutándose el bordado con cordoncillo de seda encarnada. Un lazo de cinta encarnada completa su adorno.

31. BANQUETA REDONDA. — APLICACIONES DE CRETONA.

(Contornos del bordado: pliego por el derecho, fig. 31).

La montura, de madera pulimentada, tiene 29 cents.

de diámetro; la circuye un borde dorado, con encima aplicaciones de cretona de 4½ cents. de ancho. El almohadon, bombeado, tiene 6 cents. de altura, y lleva en el centro un redondel de paño gris de 23 cents. de diámetro, terminado en 8 grandes picos, cortados por la fig. 31 del pliego, y adornados con seda verde, soutache ó hilillo de oro. El ramo del medio está recortado en cretona y aplicado con un bordado ligero. Completa el almohadon un bullonado de raso azul.

32. LAGARTO DE CUENTAS PARA ADORNAR LOS SOMBREROS Y EL PEINADO.

Materiales: Cuentas de cristal azul, núms. 5 y 10, alambre, una cuenta oval de cristal azul y cera color azul oscuro.

Combinado con un lazo, ó sencillamente puesto en una horquilla grande, es un adorno muy original para el peinado.

Se enebren las cuentas del núm. 5 en el alambre, y cuando están enebreadas se dan vueltas muy apretadas alrededor del cuerpo del animal, formado de antemano con cera de color azul oscuro; la cola consiste en un alambre doble introducido dentro de la cera, y termina con una cuenta de acero del núm. 7 y otra ovalada de cristal azul oscuro. La boca, los ojos y las patas son tambien de cuentas, pero estas últimas se hacen por separado y se fijan despues por entre las cuentas, introduciéndolas en la cera. La boca consiste en un círculo de alambre con una cuenta grande; los ojos se forman con una cuenta grande y otra pequeña. Las patas con cuentas pequeñas (del núm. 10). Se enebren de 5 á 7 para cada una de las garras y hechas las cuatro se reunen con una cuenta grande, rodeándose los 4 cabos de alambre juntos con otro engarzado de cuentas como se ha hecho con el cuerpo. El lagarto tiene 17 cents., y cada pata 1½ cents. de largo.

32 Y 35. PORTA-AGUJAS. — LABOR DE CAPRICHIO.

Forman su base dos círculos de paño encarnado de 7½ centímetros de diámetro, picados todo alrededor. Se guarnecen exteriormente estos círculos con tres tiras de paño, alternando en blanco y encarnado, tambien picadas y plegadas en círculo. Redondeles de paño de ½ cent. de diámetro negros y blancos para las tiras encarnadas, y encarnadas y blancas para las negras, les sirven de adorno. La tira exterior tiene 29 cents. de largo por 3 de altura, y es encarnada; la interior (tambien encarnada), 11½ cents. de largo por 1½ de ancho, y la tira del centro, blanca, 22 cents. de largo por 2 de ancho. La parte oscura, para el círculo más pequeño, se oculta bajo un redondel de paño blanco adornado con un disco de paño negro, bordados de cuentas de oro. Las puntadas se esconden en la parte interior con un forro de tafetan encarnado, 4 hojas de franela festonadas con seda encarnada sirven para clavar en ellas las agujas. Las dos mitades se unen por tres de sus festones exteriores, y cierra anudando los dos cabos de cinta de seda encarnada puestos á cada lado.

34. LIMPIA-PLUMAS.

(Contornos: Pliego por el derecho, fig. 30).

Tiene la forma de una cajita, y se compone de 4 paredes de cartón cubiertas de cuero gris y adornadas con un bordado ligero hecho con un cordoncillo de seda de color y trencilla de oro, que se fija con negro. Para ejecutar el bordado se debe antes agujerear el cuero, segun indican los contornos (fig. 30 del pliego).

Cada pared, de cartón, nesgada del mismo modo por ambos lados, mide 3½ cents. de altura, 6 de largo de abajo y 4½ de arriba. Conforme á estas dimensiones se corta el fondo, en el centro del cual se fija el cepillo para limpiar las plumas, rodeado de un borde de cuero gris.

36. BARBA DE ENCAJE IRLANDÉS.

Véase el núm. 36.

No pudiendo reproducirla por entero, damos una punta y el centro, pero será fácil completarla estudiando el grabado 26, que la representa dispuesta graciosamente en diadema.

Se emplea para su ejecución la trencilla lisa, la trencilla de medallones y el piquillo de encaje. El grabado 36, de tamaño natural, muestra con suma claridad la distribución de las diferentes trencillas y los distintos calados que las unen. El grabado 26 muestra su aplicación. Está montada á una diadema de terciopelo, bordada de cuentas, y un ramo de flores, un lazo de terciopelo y una aguja de azabache completan su adorno.

37 Y 38. DOS CENEFAS PARA VELOS, FICHÚS, ETC.

37.—Es de gasa negra, terminada con festones bordados de azabache, y encima redondeles de cuentas. Va

tableada, adornada cada tabla con un redondel de cuentas, y termina con un picot de lana.

38.—Se pega al fondo de gasa una tira de tul, sujetándole con dos hileras de picots de lana. Recortada la gasa por debajo del tul, se borda con canutillo de azabache tallado, sea formando ondas ó sembrado á gusto de cada uno.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE SACAR CON FACILIDAD

LOS PATRONES.

Se colocará sobre una mesa el patron ó modelo que se desea cortar, y debajo de este un papel blanco ó de periódicos. Hecho esto, se pasa por encima de los signos ó rayas la ruedecita de una rodaja, la cual al pasar va dejando marcada la figura por medio de puntos. Cortado que sea, se colocará sobre el modelo para ver si está conforme con el original, y si así fuese, se le pondrán las letras, puntos ó estrellas que tenga la figura.

Despues de cortadas todas las piezas correspondientes á la prenda que desean, es mejor armarla con el mismo papel para ver si gusta y está bien ántes de echar á perder la tela.

Para armar las piezas, se van uniendo por medio de las letras que sean iguales; supongamos: si hay dos AA se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos tambien que ántes de cortar los modelos ó patrones se enteren bien de las explicaciones detalladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfección.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela de más para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (-----) pues estas indican que el patron está doblado, y por lo tanto se coloca sobre él la tela doblada y al hilo. Las mismas rayitas (----) indican cuando el patron está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadirlas luego á la pieza principal.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LA SANGRE DE DON FABRIQUE.

Permitidme, lectores míos, que os lleve á una ciudad de maravillosa belleza, para haceros admirar un edificio de maravillosa hermosura.

Con deciros que la ciudad es Sevilla, la gallarda reina de Andalucía, y el edificio el Alcázar árabe que la adorna como una flor de rubíes, comprendereis que tengo el derecho de hablarlos de ellos como de cosas maravillosas, sin incurrir en exageraciones; pues maravilla es todo aquello que encanta y seduce con el atractivo del buen gusto artístico, no ménos que con las gracias naturales, y ámbas cosas se admiran en la ciudad y en el palacio.

Este, más que una obra abandonada en su huida por la raza invasora, es una magnífica épopeya en que el buril ha grabado las páginas de su historia.

Porque si las artes son para todas las naciones el barómetro que marca la elevación moral, la cultura y la grandeza que las distingue, para la raza árabe su arquitectura tan bella y tan difícil, más que un reflejo de su ser es su ser mismo.

Sus palacios, de una ligereza infinita, de una gracia caprichosa, contrastan con esas otras construcciones de aspecto rudo y tosco, pero fuerte; del mismo modo que contrastan en sus costumbres, en su carácter y en sus sentimientos lo delicado y lo brutal, el valor y la ternura, la galantería y la rudeza.

Cuentan que Abdalaziz, hijo del valiente Muza, enamorado de las perfumadas riberas del Bétis, quiso fijar su morada en ellas, para lo cual hizo construir un palacio con modelos del Cairo, y esto explica muy bien que el Alcázar recuerde á los de las Mil y una noches.

Y cuentan tambien las viejas crónicas, que las primeras palabras de amor que resonaron bajo sus bóvedas esmaladas, salieron de los labios de ese rey, su primer poseedor, murmurándolas á los piés de Egilona, la viuda del rey D. Rodrigo, que ingrata con la memoria de su desgraciado esposo, ó acaso asesinado, tomó su parte en aquel tejido de infames venganzas que perdió á España, uniéndose al rey mahometano con el nombre de Ayela, y rodeó con el turbante morisco aquella frente que habia ceñido una corona cristiana.

Desde Abdalaziz hasta Aben-Hud, todos los monarcas del reino sevillano habitaron en él, y cuando el santo rey Fernando III de este nombre conquistó á Sevilla y tomó posesion de este palacio, le halló adornado con tan maravillosas riquezas, que se detuvo absorto en una de sus *tarbeas*, y al mirar desde allí el patio de las Muñecas, ese lindísimo juguete de alicatado, de marfil y encaje, suspiró con pena, y dijo:

—¿Qué no harian si conocieran al arte bajo la grandeza del verdadero Dios!

Después del santo rey algunos monarcas cristianos habitaron esta espléndida morada, y casi todos los que le sucedieron dejaron un recuerdo de su poder en el régio edificio que tantas tradiciones conserva, embellecidas por la florida y poética imaginacion de los hijos de Andalucía.

Una de ellas, la más lúgubre, es la que vamos á referir á nuestros lectores.

El rey D. Pedro I, que ocupó largo tiempo el Alcázar, ese desgraciado rey á quien tan injustamente se halla llamado *Cruel*, es el héroe de ella, y la causa un acto de su justicia. El salon de Embajadores, uno de los departamentos más bellos del edificio, fué teatro de esta escena de muerte, cuyas huellas sangrientas aun aparecen visibles. Una media naranja artesonada, sostenida por dobles arcos de columnas vaciadas con la finura esbelta y flexible de la escuela árabe, tan original como bella en su estilo, forman este salon, que parece tapizado de raso azul, oro, grana y rosa, segun la delicada combinacion de sus esmaltes, tan finos en sus colores, tan ricos en sus dibujos; labores tan ligeras como un velo de encaje, como un bordado en muselina, cubren los huecos de esos arcos, con calados semi-fantásticos, que tal parecen segun lo vaporoso é ideal que se presentan.

En este salon, festonado con leyendas árabes, fechas, cifras, retratos y flores simbólicas, se hallaba un dia don Pedro, con la frente sombría y la mirada fija, que demostraba en él una gran ira ó un gran disgusto.

La Padilla, esa mujer de alma apasionada y magnífica hermosura, que templaba con la suave brisa de sus caricias las tempestades de dolor y de amargura que rugian sobre el corazon de su régio amante, en vano habia que rido dulcificar aquel dia lo que veia formarse sobre aquella frente adorada, agobiada con el peso de la corona real.

Era, si no miente la tradicion, el 19 de Mayo de 1358. El rey se paseaba impaciente con la mirada fija en una de las puertas que daban acceso al salon.

Doña María le miraba con una triste sonrisa, en tanto que su mano jugaba distraida con los cordones de oro y seda que ceñian á su delicado talle el brial azul celeste que la adornaba.

Al fin se oyeron pasos que resonaban fuertemente en las galerías de mosaico, y un ballestero se presentó anunciando, después de saludar profundamente al rey, al Maestro D. Fadrique.

El infante entró con desembarazo y se inclinó levemente delante de su hermano, sin mirar siquiera á la Padilla.

—¿Me llamabais, señor? preguntó con un acento algun tanto altivo.

La frente del monarca se encendió de ira al ver el desaire que se inferia á su querida, y dijo secamente:

—Sí.

—¿Qué me queréis, pues?

D. Pedro siguió su paseo hasta llegar al sitio en que la Padilla descansaba, y apoyando sus brazos en aquel alto respaldo de finísimas maderas, preguntó á Doña María con acento de amargura:

—¿No es verdad, señora, que la descortesía es propia de la traicion? Son dos villanías que se unen muy bien. La pobre mujer tembló de una manera imperceptible, y levantó los ojos para mirar á D. Pedro.

Al ver aquel rostro que el dolor y la ira habian vuelto lívido, un débil grito se exhaló de sus labios, y unió sus manos como si quisiera pedir gracia para alguno, pero sin poder pronunciar una palabra.

D. Fadrique tambien se habia estremecido.

—Sí, continuó D. Pedro; infame, traidor y descortés... ¡por mi vida que hareis honor á la sangre que llevais!... D. Fadrique, trémulo de enojo, dió un paso hácia el rey murmurando una amenaza.

—¡Ah! gritó el rey con una rabia ciega, ¿os ofende el que os llame infame, traidor y descortés, á vos, que habeis pagado mi confianza seduciendo á mi esposa; mi generosidad conspirando contra mi trono y mi vida, y, por último, mi bondad en llamarme á mi cámara, insultando con un silencioso desprecio á esta dama, á quien sabeis que yo amo!...

—D. Pedro, me insultais, y ¡vive Dios! que no os lo sufro, gritó D. Fadrique.

—¡Ola! ¡A mí, mis maceros! llamó D. Pedro, y como el Maestro de Santiago pusiera mano á la espada, el rey gritó á los cuatro maceros que habian aparecido:

—¡Matadle! ¡Es un traidor!

—Perdon, señor, murmuró la Padilla, ¡es vuestro hermano!

—¡Es mi enemigo! dijo el rey, ronco de furor, y lanzando una mirada de fuego...

Y ántes que su voz se hubiese extinguido, las mazas cayeron sobre la cabeza del desgraciado D. Fadrique, que se habia refugiado detrás del sillón de la favorita.

Allí, sobre las losas del pavimento cayó, y...

"Aún en las losas se mira una tenaz mancha oscura; ¡ni las edades la limpian!... ¡Sangre, sangre! ¡Oh, cielos! ¡Cuántos sin saber lo que es la pisan!..."

Esto dice el ilustre Duque de Rivas de esa mancha que dejó en el hermoso Alcázar, la sangre de D. Fadrique.

PATROCINIO DE BIEDMA.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

EN UN ALBUM.

Soy la sávia vigorosa
Que ilustra á la inteligencia,
Prudente, fiel, generosa,
Ornamento de la ciencia,
Reposo de la conciencia,
Y su égida poderosa.
¿No me conoces?
Te diré, pues,
Mi nombre santo:
Yo soy la Fé.

En crisis de angustia y duelo,
Yo soy quien la vida encalma,
Iris de amor y consuelo;
Yo restablezco la calma
En las tormentas del alma,
Para conducirla al cielo.
Soy luz radiante,
Mar en bonanza,
Paz y ventura;
Soy la Esperanza.

Yo soy la hoguera encendida
Que en destellos inmortales
Me inflamo, de amor herida:
Son mis fuerzas colosales,
Y á los eternos umbrales
Llevo el germen de la vida.
Astro que alumbra,
Sol de verdad;
Yo soy, creyente,
La Caridad.

Fé, Esperanza y Caridad,
Triple talisman precioso
Que labra en concierto hermoso
La eterna felicidad:
Que de la ventura en pos
Traza su estela radiante;
Que vá sembrando delante
Las bendiciones de Dios.
En alas de la oracion
De las dichas eternas,
Sois plena confirmacion,
Sois los polos cardinales,
Y los lucientes fanales
Del puerto de salvacion.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

Diciembre de 1874.

A ZARAGOZA.

Nada más grande que ella se levanta
Sobre ese libro que se llama historia,
Ni pudo haber inmarcesible gloria
Como la gloria que su bardo canta:

¡Ondas del Ebro que besais su planta!
¡Viejas torres que hablais de su memoria!
Descifradme sus cantos de victoria
O apáguese la voz en mi garganta:
Así clamando yo, mi pecho ardiente
Al noble impulso de la sangre moza
Latió; quise cantar, y de repente
Ninfa gentil que en mi martirio goza,
Gritó rasgando el aire trasparente:
¿Qué puedes tú cantar de Zaragoza?

E. MEDINA

SONETO.

Imágen delicada y vaporosa,
Sin sexo, sin nacion, cosmopolita;
Que en todas partes de la tierra habita
Y en todas partes se la mira hermosa.
A la moda acompaña silenciosa
Y junto al hombre sin cesar palpita,
Esperando que el gusto le trasmita
Un rayo de su lumbré poderosa.
Ella da distincion á los modales,
Ella imprime en el paso la arrogancia,
Ella brilla en las fiestas mundanales,
Ella sabe embriagar con su fragancia,
Ella puede ofrecer goces sociales:
Esa reina del mundo es la Elegancia.

GERARDO DE CASTRO.

Madrid y Febrero.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

VI.

DE CÓMO LLEGAMOS Á ALCÁZAR.

Mi amigo Scott no se convence tan pronto de lo mucho que tienen de inmoral ciertos espectáculos, así es que sin desentenderse de mi largo razonamiento, me dijo así que se acomodó de nuevo en el wagon.

—Tiene V. ciertas ideas de los espectáculos, que no son comunes en hombres del gran mundo.

—¿Qué quiere V! La experiencia me ha enseñado cuanto siento sobre el particular.

—Sí, pero V. condena hasta las fiestas del Carnaval.

—Porque veo en ellas el germen del mal, sin mezcla de bien alguno.

—¡Teorías, simples teorías de una moral afectada!

—No son teorías, amigo Scott, solamente lo que me hace combatir las máscaras: tengo ejemplos prácticos para condenarlas. Los bailes de niños han dado lugar en París á un triste incidente que prueba lo peligroso que es excitar demasiado la imaginacion de esas pequeñas criaturas. Los esposos Milon, que vivian en la calle Jouffroi, tenían un niño de seis años, á quien vistieron de marqués de Luis XIV, y hecho un encanto enviáronle á un baile de niños. Al volver á su casa, que naturalmente encontró triste, se niega á cambiar su elegante sombrero, su linda espada y su casaca bordada por la blusa de diario.

Engaños, promesas, todo es en vano, y cuando llegaba ya la hora de dormir, la pobre madre, que ha empleado toda clase de medios para desnudarle, se decide al fin á emplear la fuerza, recibe una ligera herida que el niño le causa con su espada, al mismo tiempo que el pequeño marqués cae muerto de un acceso de locura cerebral. Esto es práctico, amigo Scott, mejor que teórico.

—Sí, pero no pasa más que una vez.

—Está V. equivocado, pues no ha sido esta sola la desgracia producida por las máscaras, por escasas que estas se hayan presentado este año en los *boulevards* de París. En una calle cerca de la Exposicion vivia la familia Peyron, compuesta del matrimonio y de dos niños.

La madre, que era bella aun, habia preferido por esposo á un modesto empleado, sobre el hermano de éste, rico agente de cambio, quien en vano habia ofrecido oro y brillantes después para conseguir sus deseos. El martes de Carnaval, mientras el marido habia llevado á los niños á paseo, tres máscaras, que por la naturaleza del dia entraron desapercibidas en la casa, llaman al cuarto donde Mme. Peyron habia quedado sola. Creyendo ser los niños que volvian, la infeliz abre, y de pronto se encuentra sujeta y ahogada su voz por los enmascarados. Lucha, sin embargo, y en este tiempo llega el marido que se arroja sobre el que parecia jefe de la banda. Este, olvidando fingir su voz, en la que reconoce á su propio hermano, da orden á sus dos cómplices que se lleven á la dama y emprende una contienda horrible con el esposo, su hermano. Los dos caen heridos con el puñal que llevaba el.

criminal, pero entretanto que la policía y los vecinos acuden, la dama ha desaparecido como en las escenas de teatro, y esta es la hora en que no ha podido darse con ella, á pesar de las revelaciones del nuevo Cain.

—¡Hombre, esto es atroz!... ¡Está Vd. escribiendo una novela!

—No hay más novela que la fría realidad, amigo Scott, y podría contarle otras mil escenas que justifican la razón de eso que usted llama *mis teorías*...

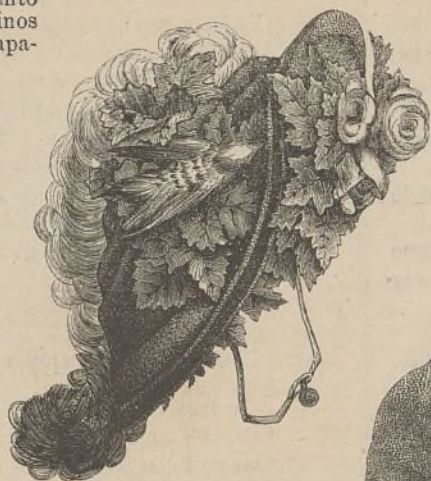
Pero Scott no atendía ya á mis palabras y solo cuidaba en trasegar el aguardiente de la castaña á su estómago... Había bebido unos tragos más que regulares, cuando fijándose en la estación me pregunta:

—¿Villasequilla es pueblo agrícola?

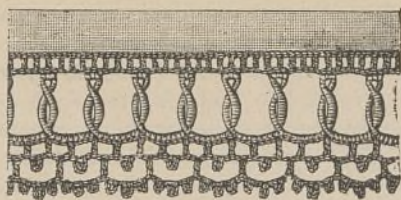
—Esta villa, situada junto á esa vega regada por el arroyo Melgar, tiene poca agricultura. Sus 200 vecinos apenas si pueden vivir del esparto que trabajan, del producto de sus tierras de labor, y sobre todo de las viñas.

—Mejor harían en vivir solamente del esparto. En mi país lo tejen y hacen de él hasta ricos terciopelos que compiten con los de seda, y ya se emplean sus despojos y hasta el mismo esparto viejo de esteras desechadas y de telas rotas é inservibles en la fabricación de papel.

—No me es nueva la noticia. El papel de esparto lo fabrica la casa de Canalejas y Compañía, que exponía sus muestras en la Exposición Re-



5. Sombrero de faya.



4. Puntilla de crochet.



7. Lazo para el cabello.



6. Sombrero de castor.

la gran cantidad de moreras que hay en varias provincias de España, que se dedican á la cria de gusano de seda, es de esperar que algun inteligente industrial trate de aprovechar esta riqueza, hoy inculta entre los españoles. Por lo demás, en este pueblo, como en todos los de España, donde la naturaleza se muestra tan pródiga, desde la retama que crece en los incultos montes, hasta la castaña que puebla bosques enteros, tiene un valor malogrado, porque otro pueblo más inteligente prepararía la primera para confeccionar telas primorosas, y de la segunda haría pan, ya que no azúcar de mejores condiciones

que la de remolacha. ¡Ay!... Los españoles no piensan más que en hacer pronunciamientos y motines á cada semana. ¡Qué país el de usted, qué país!...

Y el tren rodaba de nuevo sobre los rails, mientras yo, sin prestar gran atención á las palabras de Scott, contemplaba el efecto sorprendente que producía los rayos blancuecinos de la luna, sobre los árboles que poblaban la campiña que recorría la locomotora. La luna de Enero tiene ciertos misterios que encantan á los más realistas. Yo siempre he encontrado algo de misterioso, algo de melancólico á la vez en los ténues rayos de la luna de Enero. Quizás me hubiese dormido reclinando la cabeza sobre la ventana del wagon para soñar una de esas aventuras que hacen feliz á las hadas que pintó Petrarca. Pero Scott no me dejaba dormir, dándome aguar-



11. Chaqueta para niño. (Véase el núm. 12). (Patron: pliego por el derecho, números III, figs. 23 á 27).



9. Vestido para niña. (Véase el núm. 10). (Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 13 á 19).



8. Abrigo para niña. (Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 48 á 53).



13. Chaleco para niño. (Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 21 y 22).



10. Vestido para niña. (Véase el núm. 9). (Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 13 á 19).



12. Espalda de la chaqueta núm. 11. (Patron: pliego por el derecho, núm. III, figuras 23 á 27).

diente y hablándome á gritos. Cuando me vió más ensimismado, me gritaba como un loco:

—¡Beba V. más!... ¿En qué piensa tanto?

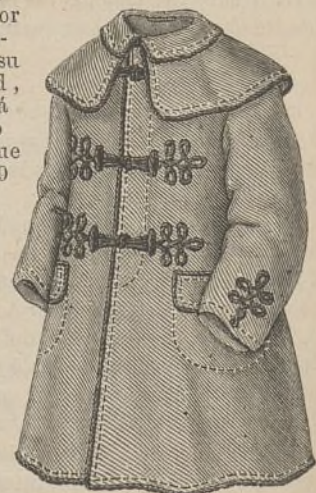
—Veía el efecto que produce la luna sobre la marcha del convoy. Es precioso... mire V., es muy lindo...

Y Scott, con la botella á la boca, sacó la cabeza por la ventana del wagon, y exclamaba:

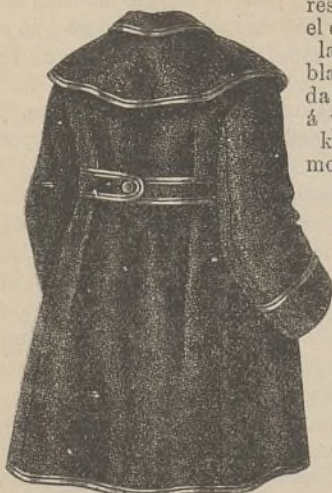
—Es bonito esto... ¡parece una sábana de cien leguas, sembrada de wagonnes!... Pero observe V. la luna, y vea el paño que la viene cubriendo poco á poco... mírela V. bien.

—Ir á sufrir algun eclipse.

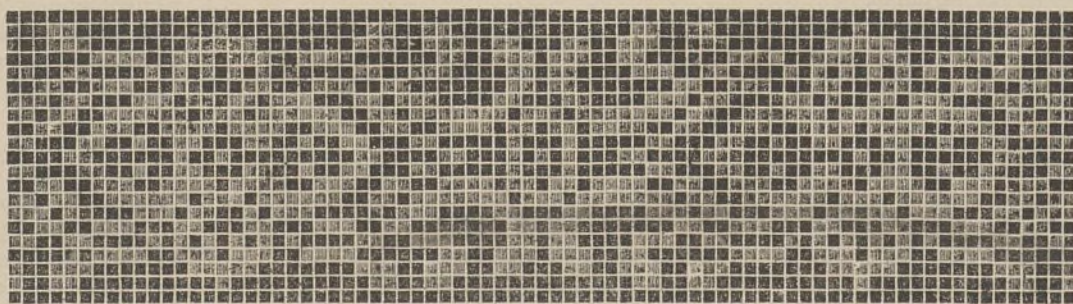
—No puede ser; no hay ninguno anunciado para ahora. Además, el presente año, al decir de los hombres que estudian la astronomía, no ha de tener más que dos eclipses; y, como sucede constantemente en estos casos, los dos de sol. Uno de ellos, el de 15 de Abril, ha de ser muy notable, especialmente por la duración de su totalidad, que será mucho mayor que la de 29



18. Delantera del paletot núm. 17. (Patron: pliego por el revés, núm. XI, figuras 51 á 57a).



17. Paletot para niño de 4 años. (Véase el núm. 18). (Patron: pliego por el revés, núm. XI, figs. 51 á 57a).



19. Dibujo para tapicería ó crochet.

gional de Madrid en 1874. No es malo para impresiones.

—Pero hay muchas más sustancias vegetales que se dan muy bien en España, y de las cuales la industria papelerá podría alimentarse. El número de estas sustancias aumenta de día en día, y lo que hace pocos años eran simplemente ensayos de laboratorio, son hoy productos de las fábricas. En este caso se encuentran los tallos de las plantas, cuyos tubérculos son las patatas. En Bohemia hay un establecimiento, — sus dueños son los hermanos Spiro, — que aprovechan estos tallos preparando un excelente papel para embalar. Otra casa alemana, la de Hüttner, obtiene papel con las ortigas, y este puede ser para cartas cuando contiene la mitad de esta pasta y la otra mitad de trapo.

La corteza de la morera se aplica también en grande escala para el mismo uso. Un fabricante alemán, Zahony, emplea al año más de 150.000 kilogramos de corteza bruta, de la que obtiene 23.000 de liberseco, el cual se transforma en pasta que dá un papel muy resistente: el coste de la pasta blanqueada no llega á peseta el kilogramo. Dada



15. Fichú-chaleco para señora. (Patron: pliego por el revés, núm. VII, figs. 43 y 44).



14. Pantalón para niño. (Patron: pliego por el derecho, núm. III, figura 20).



16. Espalda del fichú-chaleco núm. 15. (Patron: pliego por el revés, núm. VIII, figs. 43 y 44).



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras
Plaza de Fern. II, 3.

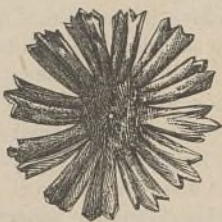
de Julio
de 1892,
ser los ma
en el pres
probado c
Almanaci
del eclips
la isla Ber
te de Kai
de las de
oscuridad
El fenóme
Bangkok
rey de S
los observ
sen irá en
Francia
eclipse. L
Londres,
miembro,



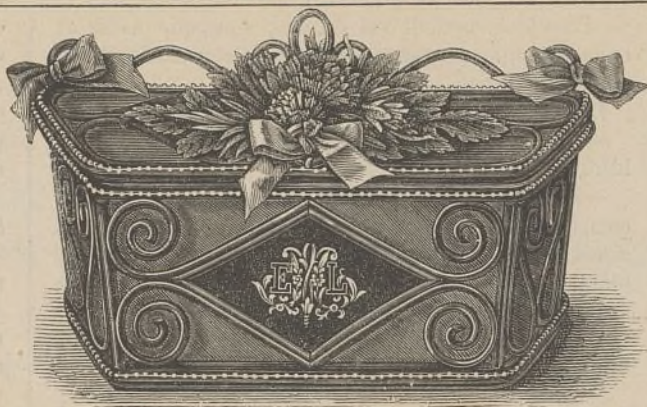
26 Barba
armada e

lo ven los
tes de aqu
—No s
distintos,
—Sí s
y no es p
pueda da
nuestro p
más al po
la extensi
—¿Qué
—Yo,
Behum y
exactitud
Longit
mo ecuat
la superfi
volumen,
cia por el
40.069.90
ocupan u
dos, y el
en 1.397.4
—¿Est
vecinos d
—¿Ya
aguardie
Y el tr
mente fr
Valdecar
wagon co
á llenar.
gon veni
media vo
—¿Qué
moso!
—No s
bondad
amigo Sc
—¿En q
diente. P
Villasequ
jor!.. Prú
usted, s
que es mu
superior.
¡m á s !...
¡m á s !...
¡otro tr
gol...
—Bast
amigo, y
no pued
abusar co
mata.
Y en e
Scott sat
—La v
600 casa
abajo de
antiguo
hasta en
ble forta
la Indep
Tembleq
á punto
á mano

de Julio de 1878, 29 de Agosto de 1886, 26 de Abril de 1892, 19 de Abril de 1893, etc., etc., que han de ser los mayores eclipses totales que pueden observarse en el presente siglo. Mi amigo Mr. Nind, que ha comprobado con mucho cuidado los cálculos del *Nautical Almanach*, ha encontrado que la fase de la oscuridad del eclipse de 15 de Abril llegará á 257 segundos en la isla Bentinck. Su línea central pasa un poco al Norte de Kaikal, en la isla de Camrota, que forma parte de las del archipiélago de Nicóbar, donde la fase de oscuridad, más larga todavía, será de 267 segundos. El fenómeno será visible en Bangkok, para donde el rey de Siam ha invitado á los observadores. M. Jansen irá en representación de Francia á observar este eclipse. La sociedad real de Londres, de la cual soy miembro, enviará también



22. Pétalo para el clavel de cuero.



20. Canastilla para ropa blanca. (Véanse los núms. 21 á 24). (Patron de las flores: pliego por el derecho, núm. IV, figs. 23a á 29d).



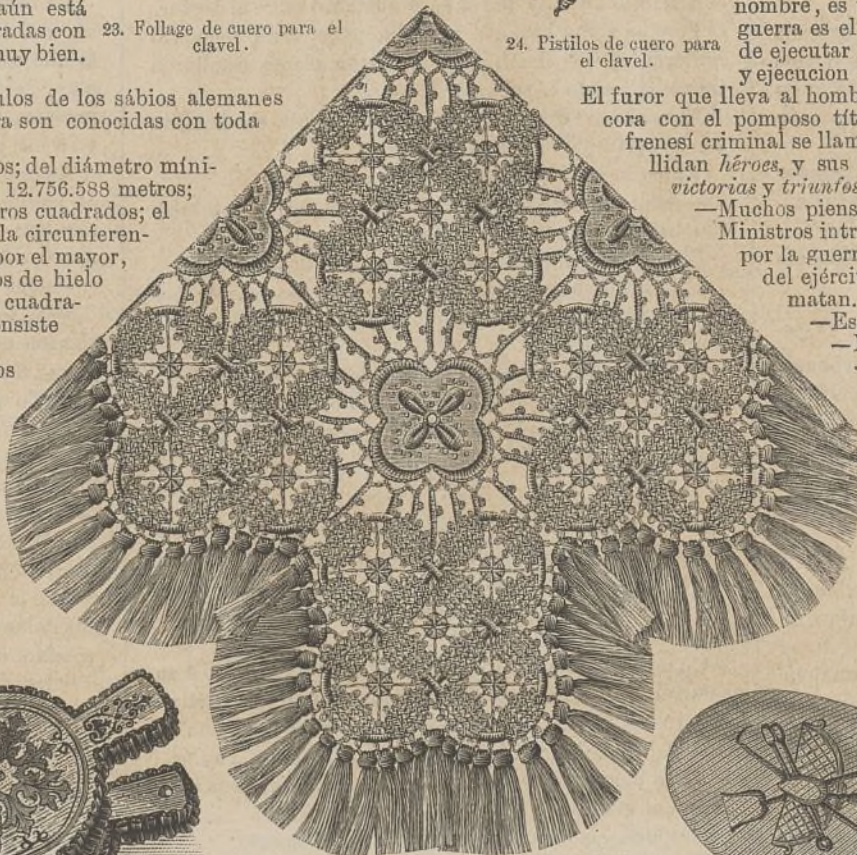
21. Ramo de claveles de cuero para la canastilla núm. 20. (Patron: pliego por el derecho, núm. IV, figs. 28a y 28d).



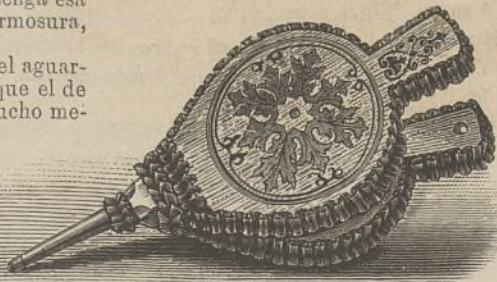
23. Follaje de cuero para el clavel.



24. Pistilos de cuero para el clavel.



28. Velo para sillón. Bordado y encaje.



29. Fuelle para la chimenea. Pintura en madera. (Contornos del dibujo: pliego por el derecho, figs. 29a y 29b).



31. Bancheta redonda. (Contornos del bordado: pliego por el derecho, fig. 31).

encontró á su paso. España tardará muchos años en reponer sus pérdidas en la guerra de 1808.

—¡Oh!... la guerra siempre es mala.
—Es atroz, amigo Scott, es el homicidio elevado á su más alta expresión, multiplicado en una progresión indefinida. Porque ¿qué es el homicidio sino arrancar violentamente la vida á su semejante? Y ¿cuál es el objeto de los ejércitos, en qué se emplean sino en destruir, en asesinar, mutilando horriblemente los hombres por miles y por centenares de miles? ¿Para qué sirven esas bayonetas, esos largos tubos de donde se lanza con fragor el plomo

ardiente? ¡Esas bocas de bronce que vomitan la metralla en medio de atronadores bramidos! ¿Para qué sirven, preguntado, todos esos formidables aparatos de la guerra, sino para MATAR? ¿Han perfeccionado el arte de asesinar, y no contentos todavía, han creado una

ciencia del modo de destruir á los hombres, y han abierto escuelas costosísimas en que este arte funesto se enseña á la juventud, que corre á ellas con todo el inocente entusiasmo de su edad para aprender á servirse con destreza de los instrumentos de muerte, que el génio de la destrucción aumenta y perfecciona cada día! ¿Cuál ha de llegar á ser el estado del alma de esas criaturas, á quienes desde la infancia se les enseña como cosa no solo útil, sino gloriosa, el modo de clavar el puñal en el pecho del hermano, á dar una dirección infalible á las balas matadoras y á preparar hábilmente la emboscada, en que debe caer el hombre ignorante ó descuidado? ¡Y á esto, amigo Scott, se le llama pomposamente el arte de la guerra! Pero no, esta calificación no es suficiente, no es bastante expresiva; para que la condena de esta bárbara costumbre vaya envuelta en su propio nombre, es preciso llamarla por su nombre verdadero. La guerra es el arte de matar, la ciencia de destruir, de abatir, de ejecutar con perfección á su prójimo: es la premeditación y ejecución de innumerables homicidios.

El furor que lleva al hombre á derramar la sangre de su semejante, se decora con el pomposo título de valor guerrero; los actos feroces de este frenesí criminal se llaman hazañas; los destructores de hombres se apellidan héroes, y sus robos, saqueos, pillajes y horribles carnicerías, victorias y triunfos.

—Muchos piensan como V. y hablan como V., pero cuando son Ministros intrigan por la guerra; cuando son Diputados votan por la guerra, y aunque no sean militares corren á las filas del ejército para batirse y aumentar el número de los que matan.

—Eso es porque son unos cobardes.

—No: porque son unos embusteros.

—Ambas cosas pueden ser: cobardes y embusteros; cobardes, porque no tienen el valor de defender sus ideas hasta el sacrificio de arrostrar la impopularidad; embusteros, porque han mentado sus confesiones de siempre con sus actos de otro día.

—Vaya otro trago, que el tren para aquí.

—¡Ah!... estamos en Tembleque, la patria de Rojas y Portalrubio, obispo de Malta y de Ocampo y Borja, que lo fué de Milan.

—¿Es pueblo importante?

—No señor; los árabes fundaron esta aldea, situada en lo más bajo de esa extensa cañada, rodeada de altos cerros que la dominan.

Cuando la reconquista quedó agregada á Consuegra, como aldea, aunque perteneciente á la orden de San Juan; y en 1509 fué eximida y declarada villa de Toledo, por gracia de la reina Doña Juana. Era un pueblo grande y rico, pero lo destruyeron los franceses á su paso por él y hoy no tiene más que unos 1000 edificios, entre los cuales han nacido, además de los obispos de Malta y Milan, el Marqués de Torreblanca, Vizconde de Cabrera, F. Francisco de Sanchez Grande, distinguido jesuita y F. Angelo de las Parras, confesor y predicador de Felipe IV.

El tren comenzó de nuevo á rodar sobre los rails, y Scott, sacando el reloj, me dijo:

—Las doce y cuarenta; veremos si puedo dormir hasta las dos siquiera.

Yo desdoblé *El Diario Español* para tomar el pulso á la política.

30. Guante para arreglar la chimenea. (Patron y contornos: pliego por el revés, núm. XIII, figs. 60 y 61).

Y en esto el tren comenzó á correr mientras yo daba á Scott satisfacción á su curiosidad con los siguientes datos:

—La villa de Huerta de Valdecáranos tendrá sobre 600 casas, asentadas sobre la falda de esa sierra, más abajo de unas ruinas que denuncian la existencia de un antiguo castillo feudal que coronaba la sierra, y el cual, hasta en los tiempos de la reconquista, era una formidable fortaleza que desapareció totalmente en la guerra de la Independencia, cuando todos los pueblos cercanos á Tembleque, hacia donde nos lleva el tren, estuvieron á punto de desaparecer después de la batalla de Ocaña, á mano del ejército francés que quemó y taló cuanto

La voz de un empleado en la línea férrea me hizo saber que pasábamos por Villacañas, antigua aldea del Gran Priorato de San Juan y villa libre desde el 12 de Mayo de 1557. Está situada sobre un plano inclinado, donde se ven como unas 100 casas. No lejos de ellas pasa el Riánsares y en su término están Larga, Tirex y Peña-hueca, esto es, tres lagunas de sal. La celebridad de este pueblo en la historia contemporánea, nace de la matanza de franceses que hicieron sus vecinos el 22 y el 25 de Diciembre de 1808, cuando intentaron tomarlo.

Pocos minutos despues pasábamos por Guero, villa como de unas 300 casas, asentadas en un llano alegre y espacioso. Tiene dos lagunas de sal y es bañado por el Riánsares y el Gigueta. En su término he matado muy buenos ánades y nutrias, como lobos y zorras. Mi amigo Scott me oía en sueños estas explicaciones con alguna impaciencia por llegar á un pueblo de alguna importancia, cuando el silbato sonó, el tren acortó su paso, y á los muy pocos minutos se oía esta voz:

—¡Alcázar de San Juan, treinta minutos, con fonda!

Eran las dos de la noche. Scott se incorporó, cogió su maleta y me invitó á cenar.

—No tendremos tiempo, le repliqué.

—No importa; nos quedaremos hasta mañana; necesito reponer el estómago que me ha destrozado el aguar-diente.

Y ambos nos sentamos á la mesa. Mientras nos servie-ron la sopa, Scott apuntó en su cartera: «La careta extra- via la razón á los parisienses. — Villasequilla no conoce el esparto. — Valdecárcanos hace el aguardiente prodigioso. — En la guerra de 1808 ha quedado despoblada media Es- paña menos á Villacañas donde murieron todos los fran- ceses.»

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

EN EL ESPACIO!

A MI QUERIDO AMIGO D. EMILIO BENZO.

I.

El 4 de Junio de 186... al sonar las siete de la tarde en el reló de la iglesia de Saint-Jacques, una exclamación ge- neral escuchóse en la gran plaza del mismo nombre, per- teneciente á la populosa ciudad de Washington.

La inmensa muchedumbre que llenaba el extenso círculo de aquella y sus avenidas, prorumpió en hurras entusiastas. Lo que motivaba aquellas manifestaciones era la ascension del magnífico globo *América*, construido por Mr. Jairbaum.

Rotos los amarres que le sujetaban, empezó á ascender en medio de frenéticas aclamaciones. Poco á poco fué ex- tinguiéndose el eco de los aplausos, se perdieron los últi- mos murmullos que de la tierra emanaban, y el silencio envolvió á los viajeros del *América*.

II.

En la barquilla iban tres personas. El Dr. Jairbaum, hombre de unos treinta y cinco años; su esposa Ofelia, alta, esbelta, de pupilas ardientes, de talle que se doblaba como el acero damasquino, y el negro Telmo, jóven, alto, fornido, nervioso. Sus facciones eran acabadas, con- trastando vigorosamente el negro de su piel con el rojo de sus labios y el blanco de su dentadura.

Cuando la luna rompió á brillar en el septentrion, el doctor se levantó, y tocando á Ofelia en el hombro, le dijo:—Observa la tierra!

Las montañas, los mares, los abismos, solo formaban una mancha negra, vistos al resplandor de la luna, en torno de la cual iban amontonándose torbellinos de nubes.

—Qué espantosa profundidad! contestó la jóven apar- tando la vista.

—¡No os parece, exclamó Jairbaum con sarcasmo, di- rigiéndose á los dos, que una caída seria terrible?

—Cierto es...

—Y tú, Telmo, qué opinas sobre ello?

—Señor, digo lo que la *niña*. Seria una de las cosas más terribles...

—Nó, aun más horroroso me parece morir aquí, en me- dio de la inmensidad, en este globo que flota sobre el abismo!

—Calla, por Dios, dijo Ofelia estremeciéndose.

—Vosotros creiais, siguió el doctor implacablemente, que al construir este globo, mi objeto era inmortalizar- me, viajando en él por regiones desconocidas, dándole dirección, pero os habeis engañado. Sin embargo, ahora os lo diré todo.

Y Jairbaum arrojó la mitad del lastre que llevaba. El globo se elevó con rapidez asombrosa á una altura de 6.000 metros.

—Pues bien, aquí, dijo el doctor, aquí que nadie os socorrerá, aquí que estais á mi disposición, oidlo bien, vais á morir!

Los ojos del negro dejaron escapar una mirada salvaje.

—Morir? repitió como un eco con acento frío; ¿estais loco, doctor?

—Y bien, ¿creéis que vuestro crimen merece otra re- compensa que la que os brindo? Quiero prevenirme, pro- siguió arrancando de su cinto las dos pistolas, por si in- tentais un nuevo crimen. Os suplico que me escuchéis; voy á contaros una corta, pero deliciosa historia.

Y la voz del doctor tenia un timbre extraño lleno de ironía.

III.

—Tú sabes como te he amado, Ofelia. El día de nues- tro enlace, aquel día de felicidad, hice mucho bien, re- partí entre los pobres y mis fieles criados la mitad de mis riquezas. A una negra que tenia en Cuba un hijo es- clavo, se lo libérté, trayéndole á mi casa, donde además de rodearle de comodidades, le concedí extensas posesio- nes. Aquel esclavo eras tú. Pues bien, una tarde, pasados dos años, mi viejo mayordomo me notificó vuestra infa- mia, diciendo que se oscurecía mi honra. Cogí un puñal y emprendí el camino de mi ingenio *New-York*, donde habias ido para reponerte, acompañada de Telmo. Cuan- do llegué era muy entrada la noche, y pude oír vuestras protestas de amor... pero al ir á consumir mi castigo, caí desmayado. Desde entonces disimulé hasta el punto de creer vosotros que yo ignoraba vuestra traición. Me- dité una buena, una sabrosa venganza, y construí este globo para que fuese más espléndida, digna de vosotros y de mí.

Y los ojos del doctor relampaguearon con un fuego sombrío.

—¡Perdon, dijo Ofelia cayendo de rodillas: hé sido culpable, lo confieso, pero perdóname!

—Imposible! contestó Jairbaum con acento convulso, amartillando sus pistolas.

IV.

En aquel momento las nubes ocultaron el disco de la luna.

—Antes morireis vos, gritó entonces el negro desnudando su yatagan.

Y dando un salto de tigre, se abalanzó sobre el doctor.

Pero en aquel instante un relámpago y un fogonazo ardieron en las tinieblas, y dos detonaciones estallaron interrumpiendo la calma de la noche.

El tableteo horrísono del trueno se habia confundido con el estampido de la pólvora.

El negro cayó á sus piés bañado en sangre.

—Ahora, muere tú, y una nueva explosion retumbó fúnebremente en la inmensidad.

El cadáver de Ofelia rodó junto al de su amante.

Un purpúreo relámpago incendió la nube que se ba- lanceaba sobre el globo á mil metros de altura, alum- brando la escena.

El doctor tiró al espacio sus pistolas humeantes.

Despues amarró el cadáver de Ofelia á una de las cuerdas que sujetaban la barquilla, poniendo el de Tel- mo en su fondo.

V.

En seguida miró al espacio, y al ver que por todas partes le circundaban abismos de tinieblas, lanzó una carejada verdaderamente infernal, arrojó todo el lastre que le quedaba, y se sentó al borde de la barquilla.

Así estuvo media hora.

Cuando sintió que su respiracion se apagaba, que su corazon latia tumultuosamente, cuando calculó hallar- se á 12.000 metros del mar, se inclinó sobre el abismo.

—¡Adios, balbuceó Jairbaum ahogadamente... adios... hasta la eternidad! y con una calma aterradora, puso un pié en el vacío.

Despues... el cuerpo del doctor rodó al espacio.

Un solo grito vibró apenas en aquellas alturas silen- ciosas, mientras el globo, con los cadáveres de los dos adúlteros, seguía remontándose vertiginosamente.

GONZALO DE CASTRO Y VALDIVIA.

Madrid 26 de Diciembre de 1874.

LA GLORIA Y EL ARTE.

CUENTO DE BASTIDORES

por

TEODORO GUERRERO.

VII.

Fácil es comprender que por la mañana, cuando cono- ció Adolfo que Rosario estaria levantada, corrió á su casa, y fácil es tambien comprender el efecto que en ésta causaria la relacion de la escena ocurrida entre padre

é hijo, que heria su corazon de amante y su orgullo de artista.

En su primer arranque hubiera aconsejado á Adolfo que huyera de ella, pero le amaba demasiado para rom- per el lazo que los ligaba, y así contentóse con dar rien- da á las lágrimas, que sirvieron de bálsamo á su dolor.

—¡Ah! exclamaba; ¿por qué no puedo prescindir de tí? ¿por qué no puedo arrancarte la nobleza para devolverla á tu orgulloso padre y quedarme contigo, oscurecido, sin nombre? Entonces levantarías la cabeza para mirarme, y deslumbrado con mi gloria me presentarías al mundo, en- noblecido con la aureola del talento, con esa aureola que no es hechura de los hombres sino un destello de Dios.

—¡Oh! ¡tienes razon! ¡amo en tí tu corazon y tu talen- to, y no pueden arrancarme de tu lado!

—¡No! no nos separemos; hoy no me basta el arte para la felicidad; mi gloria se refleja ya en tí. ¿A quién volve- ría mis ojos cuando el público me aplaudiera? ¿en quién pensaria cuando soñara en mis triunfos? La gloria sin el amor no tiene encantos para el alma.

—Mi padre está decidido á llevarme á Francia.

—Pues bien: adonde quiera que vaya llevaré conmigo mi talento: huyamos de Cataluña y de España, y si es- verdad que en nada estimas ese título que debiste á tu nacimiento, arráncalo de tu escudo, y Rosario aceptará la mano de Adolfo de Mendoza.

—Me llena de placer oírte hablar así; serás mi esposa, y llevarás mi título: mi padre no puede privarme de mis legítimos derechos.

—Tu título no me envanece: solo me envanece poseer tu corazon.

—Huyamos; pero mañana mismo, para evitar que mi padre me pida de nuevo cuentas de mi negativa.

—Esta noche canto *I Puritani*; asistiremos al teatro para que nadie sospeche nuestro plan, y mañana, al ser de día, nos embarcaremos en el primer buque que se di- rija á cualquier puerto extranjero.

Adolfo corrió á preparar su fuga: el conde, al saber que arreglaba sus maletas, sintió un gran contento, ex- trañando la sumision de su hijo y lo pronto que se habia determinado á abandonar á una mujer que, segun él mismo dijo, amaba con todo su corazon.

VIII.

La ópera *I Puritani* llenó el teatro; en el momento de alzar el telon llegó Adolfo y ocupó su luneta contigua á la mia; estaba alterado, y noté que deseaba contarme algo, pero que habia en él una vacilacion extraña; me propuse, pues, en el primer entréacto averiguar el moti- vo de su agitacion.

Apénas concluyó el acto, nos disponiamos á salir cuan- do notamos corrillos en las lunetas y conversaciones aca- loradas; en boca de todos los concurrentes andaba el nombre de Rosario.

—¿Qué pasa? pregunté á Adolfo.

—No lo sé; creo que los ánimos están alterados: ó mu- cho me equivoco ó se prepara alguna cábala contra la *prima donna*.

—¿En qué te fundas?

—En que oigo mucho su nombre, y aun me parece que no la han aplaudido con el entusiasmo general, á pesar de que has podido juzgar como ha cantado, sobre todo la *polaca*.

—Ha estado sublime.

—¿No ha leído V. el *Diario* de esta tarde, señor viz- conde? le preguntó un mozaibete que cruzaba á la sazón por delante de nosotros.

—No, contestó Adolfo sin detenerse.

—Lea V. ese párrafo, escrito con una intencion infa- me, en que se dá cuenta de lo ocurrido anoche con la hija del marqués de Santa Eulalia. Aquí tiene V. el número.

El vizconde se puso pálido, y apoderándose del periódico, en un segundo devoró con la vista las líneas que el jóven le señalaba con el dedo. En ellas se referia el su- ceso de la noche anterior, dándole colosales proporciones y llamando la atencion de los lectores sobre la ofensa grave que la artista habia inferido á la ilustre familia al dirigirle miradas provocativas y frases insolentes. La in- tencion del redactor era malquistar á la cantante con el público, envolviendo en el artículo, aunque indirecta- mente, al vizconde de Tudela, que presentaba como pro- tegido de la *donna*.

—Lee, me dijo Adolfo, dándome el periódico.

—¡Esto es villano! dije devolviéndoselo, despues de haberlo leído.

—¡Esto pide sangre! exclamó mi amigo arrugando el diario entre sus manos convulsas.

Al llegar al pasillo, la fatalidad nos puso delante á Daniel de Montemar, que con varias personas hablaba del artículo, sosteniendo que Rosario habia faltado al públi- co y á la hija del marqués.

Antes que hubiera concluido su frase, el vizconde se acercó á él, y cogiéndole por el brazo, le dijo:

—Señor de Montemar, ¿es V. el autor de estas líneas infames?

El periodista, sorprendido con la agresión de Adolfo, se repuso al momento y le contestó:

—Antes de todo, señor vizconde, suelte V. mi brazo, que ha cogido sin duda por distracción.

—¿Es V. el autor de estas líneas? volvió á preguntarle con entonación más alta y sin soltar su brazo.

—Sí, señor, respondió con entereza.

—¿Es V. un miserable!

Y al decir esto, el vizconde azotó el rostro de Montemar con el periódico que tenía en la mano.

Nos interpusimos para que la escena no tuviera un resultado del momento; pero fué inútil, pues Montemar se cruzó de brazos, y dirigiéndose á las personas que le acompañaban, dijo:

—Son Vds. testigos de la ofensa que acaba de inferirme este caballero.

—Me tiene V. á sus órdenes, aunque el que escribe un artículo semejante no es digno de que un hombre de honor mida con él sus armas.

—Eso es cuestión de apreciaciones, señor vizconde; me dispongo á cortar la mano atrevida que ha llegado á mi rostro.

—A mi vez advierto á V. que [me dispongo ahora á cortar la mano infame que ha redactado estas líneas.

Los jóvenes cambiaron sus tarjetas, y Adolfo me entregó la de Montemar, diciéndome:

—Mañana al amanecer necesito haber castigado á ese hombre infame; pongo mi honor en tus manos, pues como amigo no ignoras lo que necesito; como militar sabes tu deber. En tu casa aguardo.

Estreché la mano á Adolfo con expresión de dolor y me asocié con otro testigo á los de Montemar, procurando cubrir las apariencias para que la autoridad no evitara el duelo haciendo que nos vigilaran.

La noticia del suceso circuló por el coliseo y llegó á los bastidores; Rosario, que se retiraba del escenario, concluido el segundo acto, en extremo agitada porque Adolfo no había entrado en su camarín en el primer entreacto ni había ocupado después su luneta, oyó referir el lance y se sobrecogió hasta el punto de tener varias personas que acudir á socorrerla.

Sus nervios se pronunciaron, y una convulsión obligó al empresario á confesar que la *donna* no podía concluir la función; obtenida la vena de la autoridad se anunció al público el contratiempo, que produjo habillitas y comentarios.

La campanada se dió con estrépito.

A las doce de la noche, al entrar en mi casa, encontré á Adolfo leyendo.

IX.

—¿Está todo corriente? me preguntó con tranquilidad.

—Todo: á las seis de la mañana vendrá el coche á buscarnos.

—¿Armas?

—El florete.

—Vamos á dormir, y dispénsame el mal rato que te doy.

—Dios guíe tu brazo, le dije, siguiéndole.

Nos acostamos; pero me fué imposible conciliar el sueño; en cambio, mi amigo se durmió pronto, lo cual me dió buena idea de su valor y confianza en el éxito del combate.

El lector sabe que el conde de Cardona tenía por costumbre no acostarse hasta que su hijo se retiraba; era el único ser que lo ligaba á la vida. Aquella noche, cansado de estar velando en su habitación, se dirigió á la sala y se puso á dar paseos, demostrando su impaciencia y aplicando el oído cuando sonaban los pasos de alguno que cruzaba por la calle, ruido que se marca siempre distintamente con el silencio de la noche.

Dieron las cuatro, y el anciano ya no podía contenerse; iba de una silla á otra, movía la cabeza, y, por último, empezó á hablar solo, queriendo explicarse la causa de la tardanza de su hijo; recordaba la escena que entre los dos había mediado la noche anterior, y sospechando alguna calaverada, fué al cuarto de Adolfo; las maletas estaban arregladas como para un viaje, pero no encontró el menor indicio de haber tomado una determinación.

Pasaron las horas, y el conde no supo ya qué pensar de la ausencia de su hijo: era la primera vez que dormía fuera de su casa; sospechó que estaría en la de Rosario, pero un presentimiento triste le oprimía el corazón; al oír las siete, mandó al portero, que estaba todavía despierto, que abriese la puerta de la calle, y se dirigió muy de prisa á casa de la cantante.

Subió la escalera y tiró del cordón de la campanilla; Rosario, que tampoco se había acostado, al oír que llamaban tan temprano á su puerta, sospechando que fuera

Adolfo, corrió á abrir. Al ver al anciano, á quien no conocía, hizo un movimiento de sorpresa.

(Se continuará).

BIBLIOGRAFÍA.

LEYENDAS Y TRADICIONES HISTÓRICAS ESPAÑOLAS,

POR

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

Dice un axioma indio, que el mundo es un libro del que todos ocupamos una hoja. El que no ha leído más que una ¿qué sabe?

En efecto, la perfección humana, si hemos de creer en el autor anónimo de las orillas del Ganges, será patrimonio del que haya leído muchas páginas del libro de la ciencia, cambiado veinte veces la forma de su pensamiento. Así es la verdad.

Las costumbres estrechas y uniformes que toma el hombre en su vida regular y en la monotonía de lo que le rodea, son moldes que todo lo empuñan: pensamiento, filosofía, religión, carácter, todo es más grande, más justo y más verdadero en el que ha visto la naturaleza y la sociedad bajo diversos puntos de vista, pues por más que se pruebe en contrario, existe una óptica peculiar para el universo material é intelectual.

Estudiar para buscar la filosofía, era una de las aspiraciones de la antigüedad, y sin embargo, no estudiaban solo para encontrar dogmas desconocidos y lecciones de sabiduría, sino para juzgarla.

Para nosotros hoy, si alguna vez rompemos la envoltura que nos rodea en nuestras apreciaciones estrechas y mezquinas de las cosas, las instituciones y los pueblos; si se ha ensanchado nuestro espíritu y extendido nuestra mirada por horizontes más vastos, y aprendido á tolerarlo todo, lo debemos, á lo menos á nuestro parecer, únicamente al cambio de ideas con las generaciones que pasaron, á la frecuencia con que en nuestros estudios mudamos de escena y de punto de mira.

Estudiar los siglos en la historia, los hombres en su peregrinación y Dios en la naturaleza, es la grande escuela. El Sr. Fábregues, que es un profundo escritor de nuestros días, trata en sus *Leyendas y tradiciones* de iniciar á la generación presente en los secretos de lo pasado, á fin de prever con el ejemplo de los que se adelantaron en el camino de la vida, los peligros de lo porvenir.

En este precioso volumen, escrito en ameno y elegante estilo, puede seguir el curioso paso á paso y sin falsear la verdad, lo que quizás otros autores y cronistas olvidaron, por no parecerles importante el embellecerlo con forma menos cansada que la narrativa. En él, pues, véase agitar mil variados personajes, salidos unos del pueblo, otros de las mismas gradas del trono, hijas discretas de padres corrompidos ó malvados, nobles vengativos y reueltos, soldados que juran y batallan y se reparten el botín de la victoria sin importárseles un ardite la virtud y la belleza, y hasta héroes cuyo nombre registra con encomio las páginas de la historia.

Las aventuras de calles y palacios menudean al lado de las campañas y encrucijadas, de las antecámaras y tiendas del mercero. El Sr. Fábregues anima sus personajes: colócalos bajo el punto de vista más propio para que el lector los contemple á su placer, unas veces á la luz, otras en una media sombra favorable á la intención con que el escritor los presenta en escena, á fin de que cumplan como buenos la parte cómica ó dramática que desempeñaron en la tierra, dejándoles su fisonomía propia, su naturaleza, el movimiento y la vida con que alentaron, su lenguaje, su sabiduría y hasta su locura.

Confesamos ingenuamente que la empresa era grande, pero que su autor la ha llevado á cabo con esmero y el tacto que requería, pues si es cierto que todos los materiales que presenta la historia convenían á su propósito, la calle y el camino real, la tienda de campaña y el salón, el alcázar y la choza del campesino, los cuerpos de guardia y el cogín del tocador de la favorita, y andando codearse con tantas gentes risueñas, tantas ridiculeces escogidas, tantas palabras mal sonantes, tantos variados placeres, tantos suspiros burlescos, tantos gritos apasionados, tantas imágenes impuras y sombrías, tantos dramas sangrientos, tantas emociones en el corazón y en la voz, y la hez y la podredumbre de tanta ambición como muestra á cada paso la humanidad, no lo es menos que ha sabido detenerse á tiempo, para no deslizarse en esa pendiente que atrae como el abismo, de querer pintarlo todo, de aparecer lo que en la jerga moderna se llama *realistas*.

Leyendas y tradiciones abrazan un período de doce siglos, ó sea desde el año 410 hasta 1627 de nuestra era, empezando en el advenimiento de la monarquía goda con Ataulfo en Barcelona, para terminar en Madrid en el estudio del pintor Velázquez.

Una de las mejores y más acabadas en nuestra opinión, por el cuidado con que el Sr. Fábregues ha tratado de desarrollarla y perfilarla, hasta en sus menores detalles, es la titulada *La dama del rey*.

El retrato que presenta de la célebre amiga de D. Enrique IV, conocido en la historia por el *Impotente* y el *Liberal*, entraña una verdad, tal posesión del asunto y un estudio tan profundo como extenso de esta revuelta época, que bastaría por sí sola, y dejando aparte las muchísimas bellezas que ostentan las demás, para asentar sobre solidísimos fundamentos la reputación de su autor.

A decir verdad, el papel que en la corte de Castilla representó la célebre cortesana doña Catalina de Sandoval, allá por los años de 1459, merecía, para ser tratado con provecho y novedad, un cuidado especial por el historiador. Y así ha sucedido esta vez.

Hasta la misma escabrosidad que indudablemente presentaba para la crítica la personalidad de doña Catalina de Sandoval, y la parte que tomó en las intrigas de la corte en Segovia, y que hacían más difícil el juicio del fiel cronista, ha sido salvada con un rasgo de ingenio por el Sr. Fábregues. El pensamiento de que *en aquel tiempo no deshonraba á ninguna mujer el ser querida de un rey* es felicísimo, y pinta bien á las claras con una frase el grado de abyección y decadencia de los cortesanos de Enrique IV.

Ya se nos alcanzan las declamaciones que algunos moralistas han lanzado contra ella, velándose la faz ruborizada al oír pronunciar su nombre solo; que hayan gritado no pocos cronistas de aquellos tiempos: prostitución, adulterio, dilapidación del erario público. Pero, ¿había sido Catalina de Sandoval la que había corrompido á Enrique IV? ¿Había sido la causa fundamental de la prostitución y relajamiento de Castilla?

¡Pobre mujer! ¡Seguros estamos que ella jamás había soñado con tantos honores, como tampoco con tantas indignidades! Era joven y bella; su único crimen fué tener los más hermosos ojos de su época, el talle de abeja más delgado y flexible del mundo; la sonrisa de una duquesa, y que cumplía tranquilamente su oficio de mujer fácil y deliciosa, cuando un día oyó murmurar á su oído: llegó la hora, abandonad vuestros soñados amores, renunciad á vuestra vida dichosa y sin cuidados, tomad el traje, la importancia, el aire y la altivez de una princesa; despedid de vuestras locuras de la juventud, y en vez de esas noches encantadoras de intrigas y de amor, penetrad en otra región en que el placer se semeja al fastidio, en que el amor no es más que la fatiga y el remordimiento del alma.

Y fué preciso que Catalina rompiera el vaso en que bebía con entusiasmo la dicha y la felicidad, y que llevara á sus labios palpitantes una copa de oro, sí, de oro, pero llena de hiel y desencanto; que en vez de los abrazos y ternuras de sus jóvenes compañeros de placeres, se dejara amar por un rey gastado y egoísta, que no conocía el amor más que por su lado sensual, como la magestad y el brillo real de su corona, por su poder y su dominio.

Y sin darle tiempo para contestar se vió arrastrada á la corte. En un principio tuvo miedo de este hombre cansado y gastado hasta la saciedad; retrocedió espantada ante esta ruina coronada, resto podrido del valioso trono castellano, cuyo manto había ido recogiendo del suelo palmo á palmo la espada de sus próceres en una lucha sangrienta y sin tréguas de seis siglos, y quiso huir; porque sin tantos temores, sin tantas intrigas como á cada paso la tendía el orgulloso marqués de Villena, no le faltaban amantes más jóvenes y bellos. Pero al fin consintió en ser la penúltima querida del rey el *Impotente*. ¿Qué podía hacer más que prestarle sus gracias por un día, su belleza, su juventud, la viva alegría, el talento sencillo y limitado y el vicio admirablemente natural, conocido antes que ella en el mundo, y que no debía morir con su efímera existencia?

Hoy de aquellas miserias no queda más que un puñado de polvo, un recuerdo en la historia y las páginas del Sr. Fábregues, en su libro *Leyendas y tradiciones*. Libro que estamos seguros ocupará un lugar distinguido en la república literaria, bien pensado, escrito en estilo culto y elegante, de galanas formas y recto juicio, y en el cual el curioso encontrará solaz y entretenimiento, reflexión el filósofo, estudio el erudito, abundancia de hechos y apreciaciones el compilador, y mucho que notar y aprender á nuestra juventud.

VICENTE CUENCA.

Más soluciones á las charadas insertas en el núm. 7 del CORREO, correspondiente al 18 de Febrero, por las señoras D.^a Martina Sanz de Pruneda, de Sevilla; D.^a Teodomira Gonzalez, de Salamanca; D.^a Genoveva Abril de Montano, de Zaragoza; D.^a Eulalia Pons de Fustagé, de Barcelona; y las siguientes en verso:

Me gustan los buenos pollos:
Me agrada el dulce jamon:
De leche los ricos bollos:
Tambien me gusta el salmon.
Me deleita en gran manera
La salsa empapada en pan;
Pero á mis gustos supera
De Toledo el mazapan.

Quien quiera ocupar la silla
Que siempre vacante está
De archipámpano en Sevilla,
Que vaya y la ocupará.

AGUSTINA GONZALEZ DE CISNAL.

Prádanos de la Ojeda, Febrero 22 de 1875.

Leyendo de Rosario la charada,
Me quedé convertida en un carámbano;
Pero apesar del frio que pasaba,
La silla hallé del célebre Archipámpano.

Y sin rodeos,
Con un hilván
Saqué el solfeo
Y el mazapan.

UNA SUSCRITORA E. M.

Santander 23 de Febrero de 1875.

VARIEDADES.

LA CATALANA.

Dueña de la *Peluquería y Perfumería Universal*, Plaza de Santa Ana, núm. 15, hace saber á las señoras que gusten favorecerla, que deben hacerla sus encargos con la mayor anticipación posible, siendo tantos los pedidos que se la dirigen, que no puede servirlos con la puntualidad y exactitud que desearia.

EL BALSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

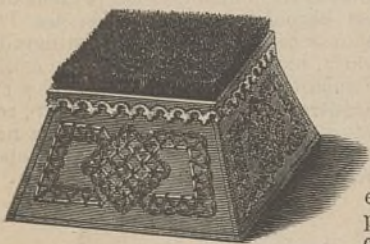
DE DONA ANGELA GRASSI.

Un tomo en 4.º de 288 páginas.

Se vende á 4 rs. en la Administración de este periódico, y en Valencia, en la excelente Revista titulada *La ilustración popular económica*, calle del Almirante, núm. 3, enviándose los pedidos á provincias francos de porte.



32. Lagarto de cuentas.



31. Limpia-plumas. (Contorno del bordado: pliego por el derecho, fig. 30.)

AGUA NACARADA DE ORTELLS.

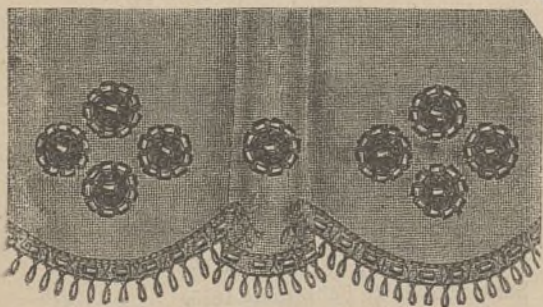
La célebre agua nacarada Ortell, para hermosear el rostro, que tanto han elogiado los periódicos de modas, sigue vendiéndose en Madrid, en el depósito general, peluquería de Ortell, Montera, 21, y en las principales provincias, al precio de 8 y 10 reales frasco. Se remiten prospectos.

CORRESPONDENCIA.

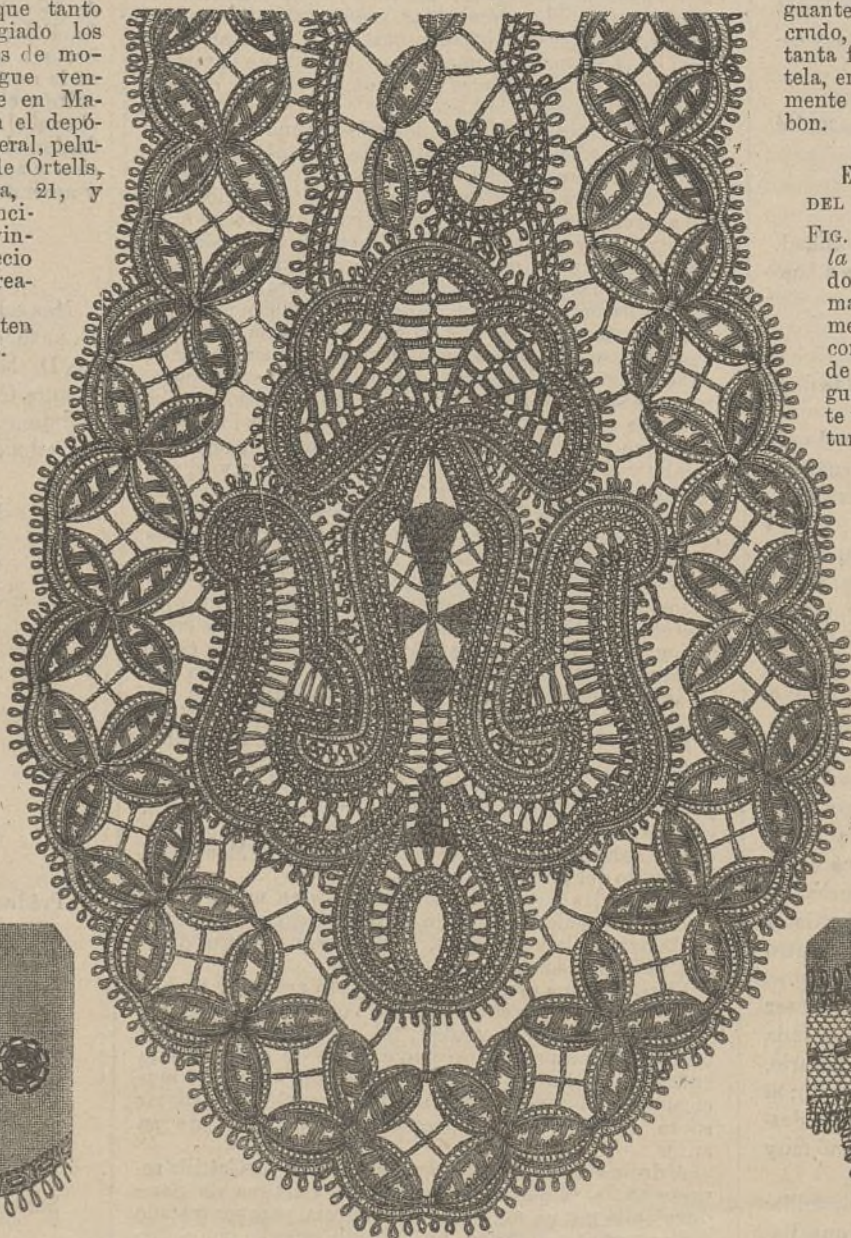
Sensitiva.—Las faldas lisas necesitan cinco varas de vuelo, destinándose una entera para la gran tabla de atrás.

Flor de lis.—No hay ningún específico para preservar los bordados en oro de los estragos del tiempo, y solo depende su conservación del cuidado con que se guarden. Debe hacerse en paraje que no esté húmedo, y sobre todo á donde no puedan llegar ninguna clase de olores ni perfumes, por ténues que sean. El alcanfor y la goma descomponen completamente el oro. Por lo demás, se cubren con una espesa capa de algodón en rama, y encima un papel de seda, envolviéndolos luego en un lienzo pasado por colada.

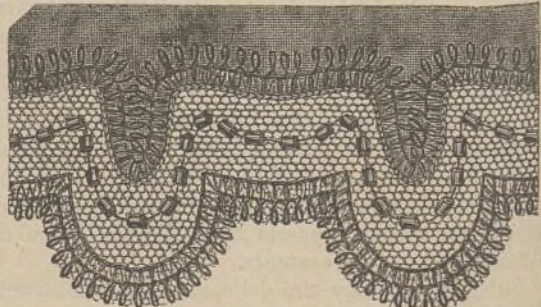
Señorita Doña A. G. de C.—No la hemos maldado el patron de bata que pide, por contener uno de última novedad el pliego que acompaña al núm. 9 del Correo, correspondiente al 2 de Marzo.



37. Cenefa para velos ó fichús



36. Barba de encaje irlandés. (Véase el núm. 26)

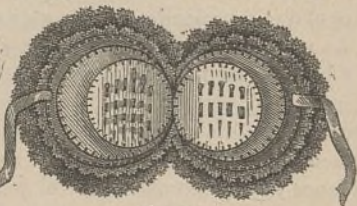


38. Cenefa para velos ó fichús.

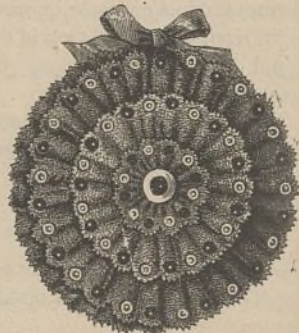
Debajo de los cipreses.—Nunca se ha llevado el luto más riguroso que ahora, pues el gran manto de merino descende hasta el borde del mismo vestido, y sin embargo, se anuncia una interesante novedad y es que se llevarán los cuellos y las mangas, ó la parte interior del sombrero, de gasa lisa, blanca como se acostumbra en Inglaterra. Los sombreros de luto llevarán bridas, adornos negros de crespon y una gasa-velo que descende sobre la espalda.

L. O.—*El Blanco cera de Matilde Díez* es admirable para suavizar el cutis y hacer que desaparezca el que vulgarmente se llama paño de la cara, como asimismo todas las manchitas y porosidades que lo afean, evitando que se formen las arrugas. Se vende á 30 rs. frasco, pudiéndose enviar los pedidos á esta Administración.

Céfiro y Flora.—Para traje de sociedad los guantes deben ser blancos, paja ó gris muy claro, comprendidos todos sus diversos tonos; para trajes de calle y visita, los colores más de modason: cuero, vino muy oscuro y azul marino. Paradiario se usa el guante tirolés, color crudo, que se lava con tanta facilidad como la tela, empleando únicamente el agua y el jabón.



33. Porta-agujas abierto. Labor de capricho.



35. Porta-agujas cerrado. (Véase el núm. 33).

EXPLICACION

DEL FIGURIN 1161.

FIG. 1.ª—*Traje para la Iglesia.*—Vestido de terciopelo marron completamente liso. Túnica coraza sin mangas, de paño habana, guarnecido con skung plateado. La parte de delante va recogida en los costados hasta cerca de la cintura; la parte de atrás está formada por dos largas aldetas anudadas, y que descenden á cada lado casi hasta el borde mismo del vestido. Sombrero de terciopelo marron y habana, con pluma rizada habana. Este vestido puede reproducirse combinando la faya y el cachemir, siendo de plumas el guarnecido.

FIG. 2.ª—*Traje de luto.*—Falda de fayane-gra, lisa y con tres grandes tablas detras; por delante el adorno consiste en jaretas y volantes. Túnica de paño negro mate, adornada con bieses de lana ó gasa inglesa de otronegro, y una franja de lana. Sombrero de fieltro negro, adornado con gasa inglesa y un ala de cuervo. Guantes negros sin lustre.

Para que estos vestidos sienten bien, son indispensables los excelentes corsés que fabrica. Mme. Grand, plaza de Celenque, número 1, Madrid.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II. núm. 2.

Tip de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra) 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid